

Trabajo, producción y “neolítico”.

CASTRO MARTÍNEZ, Pedro V.*
ESCORIZA MATEU, Trinidad,**
FREGEIRO MORADOR, M^a Inés*,
OLTRA PUIGDOMENECH, Joaquín*
SANAHUJA YLL, M^a Encarna*

*División de Prehistoria. Universidad Autónoma de Barcelona.

**Departamento de Historia, Geografía e Historia del Arte. Universidad de Almería.

Abstract

We want to propose some reflections around the “importance of the neolithic”. We will focus on two aspects, which have not been given enough consideration by social explanation theories.

First of all we want to find if the “neolithic” is a response to a global social change, and if agriculture and stockbreeding are related to other wide range changes. Or if, by the other hand, such association is only fruit of logical rationalizations were different dynamics with no relation at all, nor cause nor consequence, are putted together. In this same reflection we want to see to what point the terminology related to domestication speaks about crucial changes, such as the substitution of hunting by stockbreeding or gathering by agriculture seem to show. Or if it would be much more correct to understand agriculture and stockbreeding as a compilation of multiple techniques of production of vegetal and animal food, all of these with different importance and relevance, and with diverse consequences. And even more diverse if are putted in specific historic moments and with specific material conditions. We suspect that understanding “productive economies” as a unity that carried the essence that changed the “world”, is fruit of the application of an historical logic that is dangerously away from reality.

In second place, we think that is becoming necessary to uncover the material conditions that are related to the diverse aspects involved in “neolithic”. And not to restrict the materiality involved in agriculture, stockbreeding, demographic growth or the consolidation of surpluses to a simple abstract relation within society and environment, to an uncompressible change in mentality or to a simplistic change in stages of sociocultural systems. To uncover the hidden aspects of the “neolithic” is to remember the real conditions of production and reproduction of societies and to not forget that is the work of women and men the only agent capable of giving social life to matter. If we forget that work is involved in all activity of social use of matter, we are running the risk of ending up thinking that some changes, that can carry enormous efforts and pain for a few or the totality of society, are advances in a progress-process. A “progress-process” that is only in our minds.

Resumen

Queremos proponer una serie de reflexiones en torno a la “trascendencia del neolítico”. Para ello, vamos a intentar responder a dos cuestiones sobre las que creemos que las teorías sociales que sustentan la comprensión de la historia humana todavía no se han detenido suficientemente.

En primer lugar, nos preocupa aclarar si realmente el “neolítico” responde a un cambio social global y si la agricultura y la ganadería se asocian a otras transformaciones de amplio alcance. O si, por el contrario, tal asociación es sólo fruto de una racionalización lógica donde se encajan dentro de un mismo fenómeno dinámicas de cambio que no están vinculadas entre sí, que no son causa ni consecuencia las unas de las otras. Dentro de esta misma reflexión, nos interesa también acotar en qué medida la propia terminología asociada a la domesticación da cuenta de inflexiones cruciales, tal como la sustitución de caza por ganadería o de recolección por agricultura podrían dar a entender. O si lo correcto sería reconocer que agricultura o ganadería son términos que agrupan múltiples técnicas de producción de alimentos

vegetales y animales, cuya relevancia es desigual y cuyas consecuencias pueden ser muy diversas. Más diversas aún si se ubican en situaciones históricas concretas y en condiciones materiales determinadas. Sospechamos que contemplar la “economía agropecuaria” como una unidad, cuya implantación estuvo dotada de esta esencia de trascendencia de la que estamos hablando, no es más que el fruto de la aplicación de una lógica histórica peligrosamente alejada de la realidad.

En segundo lugar, creemos que empieza a ser necesario desocultar las condiciones materiales que se asocian a los diversos fenómenos involucrados en el “neolítico” para no restringir la materialidad implicada a la agricultura, la ganadería, el crecimiento demográfico o la consolidación de excedentes, a una mera relación abstracta entre la sociedad y el medio ambiente, a un incomprensible cambio de mentalidad o a una simplificadora trayectoria de transformación de los sistemas socio-culturales. Destapar la agenda oculta de los fenómenos ligados al “neolítico” es recordar las condiciones reales de la producción y de la reproducción de las sociedades y no olvidar que sólo el trabajo de las mujeres y los hombres otorga vida social a la materia. Si se deja de lado este último aspecto, corremos el riesgo de creer que ciertos cambios, que pueden conllevar unas penosas cargas laborales para la totalidad o para una parte de los sujetos que vivieron dichas transformaciones “trascendentales”, constituyen avances en un progreso-proceso cuyo sentido únicamente se halla en nuestras cabezas.

“Neolítico”, evolución, progreso y proceso.

Morgan (1877) estableció las bases de la idea de un nuevo estadio de la evolución social y señaló que la “barbarie” se caracterizaba por la domesticación y cría de animales y el cultivo de las plantas. La idea de que la domesticación representaba una nueva etapa en la historia humana fue retomada por Engels (1891), que utilizó los “estadios prehistóricos de cultura” de Morgan al abordar los orígenes de ciertas instituciones, tales como la familia o el estado. Siguiendo esta misma línea, la vinculación entre “barbarie”, “neolítico” y domesticación quedó finalmente asentada con la definición de la “revolución neolítica” por Childe (1936). La agricultura y la ganadería pasaban a ocupar el centro del escenario del progreso humano.

Desde entonces se ha consolidado la noción de que el “neolítico” conllevó, en palabras de Childe (1958: 41), un cambio “trascendental” que otorgó a la humanidad el control sobre el abastecimiento de alimentos, un paso decisivo en el camino del control de la naturaleza. De hecho, Childe siempre insistía en que se iniciaba una “economía productora de alimentos”, opuesta a la “economía depredadora” de la caza y la recolección. Desde este control de la naturaleza también explicaba los orígenes de la civilización, ligada a la aparición de las clases sociales y del estado, mediante una nueva revolución, la “revolución urbana”, atendiendo a las posibilidades de acumular excedentes que ofrecían la agricultura y la ganadería.

El neoevolucionismo anglosajón recogió ideas de Childe y ha reproducido esquemas similares en las últimas décadas. La ecología cultural y la teoría de sistemas, junto con una serie de conceptos sociológicos y económicos, han ofrecido una nueva versión de los estadios del progreso humano. Ahora ya no se usa la vieja terminología decimonónica de Morgan y se vincula al “neolítico” el paso de las sociedades de bandas a las sociedades tribales, a medio camino en la transformación de las sociedades “igualitarias” en sociedades jerarquizadas y estratificadas, en jefaturas y estados.

En definitiva, el “neolítico” forma parte de una visión de la historia cargada de linealidad, donde los “avances” aparecen como escalones que ascienden en dirección al *Walhalla* de la historia, encaminados a un presente entendido como un “final de la historia”, no en los términos definitivos de los primeros textos de Fukuyama, sino en el sentido de una incuestionable trayectoria de un solo sentido. El progreso o el proceso nos muestran un mito enraizado en el pensamiento occidental, que contempla el triunfo del Capital y del Mercado como la última victoria de la evolución social, que entiende que la Civilización (el Estado, la Ley, el Orden) es el final de un camino deseado o deseable (incluso en guerra con alguna “otra civilización”), que ve la historia como un ferrocarril imparable que tiene como destino avanzar por los raíles previamente diseñados y que olvida a

quienes no subieron a tiempo o no mostraron interés por hacerlo, se apearon sin permiso o descarrilaron. Y en este trayecto el “neolítico” aparece como una revolución necesaria para avanzar hacia nuestro destino.

El viaje mítico de la historia occidental arranca con el triunfo de nuestra especie *sapiens* y llega a la era de la globalización mercantil actual, con Occidente como locomotora. De los orígenes africanos se llega al reino del G7, hegemonizado por los Estados Unidos. En este recorrido, la primera estación importante se encuentra en los lugares donde el “neolítico” se hizo realidad, con la región Sirio-Palestina como enclave donde más tempranamente tuvo lugar el cambio. La siguiente estación estaría en Egipto o Sumeria, con la emergencia de la Civilización, el gobierno centralizado, las ciudades y la escritura, antes de llegar a la “luz” de las sociedades “clásicas” mediterráneas y de dar paso a esa singularidad histórica, que es el feudalismo europeo, y a un Renacimiento tras el que triunfaría la Europa del Capital. En el viaje al presente, el “neolítico” parece una etapa, un estadio evolutivo inexorablemente necesario.

En este texto lo que queremos es, precisamente, introducir una serie de reflexiones sobre esta “trascendencia del neolítico”. Para ello, vamos a intentar responder a dos cuestiones sobre las que creemos que las teorías sociales que sustentan la comprensión de la historia humana todavía no se han detenido suficientemente.

En primer lugar, nos preocupa aclarar si realmente el “neolítico” responde a un cambio social global, si la agricultura y la ganadería se asocian a otras transformaciones de amplio alcance o si, por el contrario, tal asociación es fruto de una racionalización lógica donde se encajan dentro de un mismo fenómeno dinámicas de cambio que no están vinculadas entre sí, que no son causa ni consecuencia las unas de las otras. Dentro de esta misma reflexión, nos interesa también acotar en qué medida la propia terminología vinculada a la domesticación da cuenta de inflexiones cruciales, tal como la sustitución de caza por ganadería o de recolección por agricultura podría dar a entender. Quizá lo correcto sería reconocer que agricultura o ganadería son términos que agrupan múltiples técnicas de producción de alimentos vegetales y animales, cuya relevancia es desigual y cuyas consecuencias pueden ser muy diversas. Más diversas aún si se ubican en situaciones históricas concretas y en condiciones materiales determinadas. Sospechamos que contemplar la “economía agropecuaria” como una unidad, cuya implantación estuvo dotada de esta esencia de trascendencia de la que estamos hablando, no es más que el fruto de la aplicación de una lógica histórica peligrosamente alejada de la realidad.

En segundo lugar, creemos que empieza a ser necesario desocultar las condiciones materiales que se ligan a los diversos fenómenos involucrados en el “neolítico”, a fin de no restringir la materialidad implicada en la agricultura, la ganadería, el crecimiento demográfico o la consolidación de excedentes a una mera relación abstracta entre la sociedad y el medio ambiente, a una incomprensible transformación de la mentalidad o a una simplificadora trayectoria de cambio de estado de los sistemas socio-culturales. Destapar la agenda oculta de los fenómenos ligados al “neolítico” es recordar las condiciones reales de la producción y de la reproducción de las sociedades y no olvidar que únicamente el trabajo de las mujeres y los hombres otorga vida social a la materia. Si se deja de lado este último aspecto, corremos el riesgo de creer que ciertos cambios, que pueden conllevar unas penosas cargas laborales para la totalidad o para una parte de los sujetos que vivieron dichas transformaciones “trascendentales”, constituyen avances en un progreso-proceso cuyo sentido sólo se halla en nuestras cabezas.

La construcción del “neolítico”: sí, pero no.

Actualmente, podemos apreciar que se mantienen una serie de puntos comunes en torno a lo que implicó el inicio del “neolítico”, la famosa “neolitización” de una serie de sociedades humanas durante la Prehistoria. Encontramos referencias constantes a que el “neolítico” conllevó la domesticación de plantas y animales, un destacable crecimiento poblacional, una tendencia a la sedentarización de las comunidades, un cambio de mentalidad que favoreció la previsión y la creación de territorios estables, así como la aparición de reservas y almacenes. Resulta inverosímil que todas, muchas o algunas de estas características no formen parte de la definición de lo que el “neolítico” implicó y que sirvan de asiento a los argumentos sobre su importancia en la evolución humana. Atrás han quedado las primeras asociaciones de la “barbarie” o el “neolítico” unido a ciertas tecnologías, como la alfarería o el pulimento de la piedra.

Referente al aumento de la población, un fundamento argumentativo se basa en que la cría de ganado o los cultivos permiten producir mayor cantidad de alimentos en un determinado territorio, dentro del cual las posibilidades ofrecidas por las técnicas de caza y recolección son limitadas. Se acaba dando por hecho que este crecimiento demográfico potencial se hizo realidad. Por el contrario, la expansión de la agricultura y la ganadería también se explica precisamente a partir de un crecimiento poblacional. Se han señalado situaciones en las que se detecta una dinámica de aumento demográfico previa a las técnicas agrícolas o ganaderas, tal como la historia de la región de Siria-Palestina muestra, pero el fenómeno sigue atándose al “neolítico”. En consecuencia, uno de los puntos comunes aceptados es el que considera que las técnicas agropecuarias dan lugar, poco antes o poco después, a un intenso cambio en el tamaño de las poblaciones. Sin embargo, nada permite asegurar que la disponibilidad, conocimiento o experimentación con nuevas técnicas de producción de alimentos asociadas a la domesticación de animales o plantas, permita un incremento del alimento disponible, a menos que se invierta más trabajo humano. Trabajos en la propia actividad de producción de alimentos y también en la propia dinámica de crecimiento poblacional, desde las cargas sobre las mujeres por el mayor número de gestaciones y partos, a las ingentes necesidades derivadas de los cuidados y socialización de las criaturas que resultan necesarias para que efectivamente se consolide un número de individuos mayor en una sociedad. Por lo tanto, si se da a entender que disponer de cultivos o de ganado influye en el crecimiento poblacional, debería explicarse cómo y quién asume las cargas laborales correlacionadas.

En cuanto a la producción de alimentos sobrantes, estamos ante una necesidad intrínseca de la agricultura (semillas reservadas para el siguiente ciclo de cultivo) y de la ganadería (los animales son una reserva viva). No obstante, tiende a confundirse la existencia de estas reservas con la creación de almacenes y la aparición de excedentes, características que se vinculan al “neolítico”. Hoy sabemos que las técnicas de conservación y almacenamiento no son exclusivas de comunidades con formas agropecuarias y que sociedades que no conocen técnicas “neolíticas” también pueden crear reservas de alimentos. En todo caso, no podemos aceptar la correlación almacenes/ excedentes, puesto que, en principio, se trata de reservas para un consumo diferido. De la misma manera, tampoco puede aceptarse, tal como se indica más adelante, que la existencia de reservas y de almacenes esté unida a una determinada forma de relación social o política. Habrá primero que averiguar a qué sujetos sociales pertenecen estos almacenes y quienes se benefician de ellos antes de relacionarlos mecánicamente con la presencia de jefes redistribuidores o aristócratas apropiadores.

Otro ámbito de transformaciones que, en ocasiones, se ha vinculado al “neolítico” afecta a la estabilización de las comunidades humanas en asentamientos permanentes, es decir, a la sedentarización. Sin embargo, este fenómeno no fue asociado al “neolítico” ni tan siquiera en los trabajos de Childe, que señala comunidades cazadoras-recolectoras sedentarias o grupos

horticultores nómadas obligados a abandonar territorios con campos agotados (Childe 1936: 100). Así, estamos ante un fenómeno, la sedentarización, que no es dependiente de la existencia o no de animales y plantas domésticas en la alimentación. Por contra, la estabilización de los asentamientos dependerá de que esté asegurada la disponibilidad de alimentos y de las técnicas de obtención de los mismos. En cuanto a asegurar los alimentos, no cabe duda que un territorio con recursos naturales suficientes para mantener a un grupo permitirá al mismo sedentarizarse, se trate de caza, pesca, cereales cultivados o frutos silvestres. Únicamente determinadas tecnologías agrícolas o ganaderas intensivas posibilitarán incrementar el potencial productivo de un territorio hasta niveles en los que una comunidad pueda autoabastecerse de alimentos producidos en el mismo. Por lo tanto, no deberíamos hablar de las posibilidades de la producción agropecuaria, sino de ciertas técnicas, ni tampoco de la capacidad sustentadora de un territorio, sino de las posibilidades tecnológicas disponibles y del trabajo necesario para lograr cierto volumen de alimentos a partir de ciertos recursos. Además, para entender muchos fenómenos de sedentarización, no deberíamos olvidar que grandes comunidades permanentes pueden instalarse en territorios improductivos desde el punto de vista alimentario, siempre y cuando existan redes relacionales que permitan suministrar los productos necesarios desde otros territorios, tal como nos muestra el fenómeno de las ciudades (Castro Martínez *et al* 2003).

No muy alejada de la noción de sedentarización se encuentra la idea de la territorialización de las comunidades agropecuarias. Podría entenderse que la tierra para cultivar o los pastos para el ganado engendran en sí mismos una necesidad de propiedad de un territorio y una política de previsión para disponer de terrenos cultivables y de alimento y agua para el ganado, imprescindibles para mantener la producción de alimentos cuando un grupo depende de plantas y animales domésticos. Sin embargo, la práctica de la caza, la pesca o la recolección, también exigen de la disponibilidad de territorios donde localizar y obtener animales y plantas. Sin duda, podríamos encontrar un carácter oportunista y azaroso en las prácticas de obtención de alimentos durante ciertos momentos iniciales del desarrollo de la especie humana o de ciertos momentos históricos concretos, pero la previsión de disponer de un territorio de caza, pesca o recolección es imprescindible para cualquier política de reproducción social a medio y largo plazo en cualquier comunidad de nuestra especie.

“Neolítico”, economía y producción.

Al referirnos al “neolítico”, ha sido frecuente equiparar economía a subsistencia, subsistencia a agricultura/ganadería y agricultura/ganadería a producción. La atención se ha centrado en el cambio “revolucionario” relativo a la consecución de alimentos, explicado como el paso de “la depredación” a “la producción”, producción que determina el resto de los factores sociales que la acompañan.

En las primeras explicaciones históricas de nuestra disciplina referentes al “neolítico”, se introduce un pensamiento androcéntrico en el que se sobrevalora el control de la naturaleza por parte del “hombre” y la tecnología, negando así la dependencia humana de la Tierra y la materialidad del cuerpo. El dominio patriarcal sobre las mujeres ha hecho posible a lo largo de su historia la desvalorización y la “naturalización” de la capacidad femenina de dar vida y cuidarla y, paralelamente, el cuerpo, con sus necesidades materiales y efectivas que lo hacen dependiente, se ha ido convirtiendo cada vez más en un caparazón que contiene al ser humano en abstracto, dando lugar a las famosas dicotomías cuerpo/mente, carne/alma, naturaleza/cultura. En consecuencia, la naturaleza deja de ser considerada “madre nutricia” para convertirse en un almacén de recursos disponibles para la especie humana (Bosch 2003).

En esa perspectiva, se sigue hablando de “depredación” cuando se consiguen los recursos que la naturaleza brinda y de “producción” cuando empieza a controlarse el medio mediante la agricultura y la ganadería, estrategias cuyo desarrollo hasta hoy han llevado a maltratar y torturar el planeta tierra y conducirnos a un panorama tan desolador como el actual. El término “producción” frente al de “depredación” es explícito y se le da un sentido económico reduccionista: agricultura y ganadería, es decir la domesticación de animales y plantas, se convierten en sinónimos de producción de alimentos.

Es cierto que algunos investigadores/as han tenido en cuenta diversos acontecimientos como motores causales de la producción de alimentos, tales como el almacenaje relacionado con el plusproducto (Testard 1982), la presión demográfica (Cohen 1977), el sedentarismo (Harris 1977) o la organización social (Bender 1978, 1981). Sin embargo, ninguno/a se ha centrado en analizar las tareas que implican estos cambios demográficos u organizativos, quiénes están detrás de ellos y, mucho menos, si los hombres y mujeres participan en los diferentes trabajos o se encuentran desvinculados de los mismos. En una palabra, si las relaciones entre los sujetos sociales (hombres y mujeres) se establecen sobre la reciprocidad o la explotación, según exista una compensación o una disimetría entre el trabajo y el acceso a productos o servicios (Castro Martínez, Escoriza Mateu y Sanahuja Yll 2002b), tanto dentro de una misma comunidad como entre comunidades, tanto entre sexos como entre clases. Cuando se considera que resulta necesaria una mayor inversión de trabajo frente a la de las técnicas cazadoras/recolectoras, sólo entran en juego las tareas vinculadas a la agricultura y la ganadería, las demás se olvidan.

No obstante, para que exista vida social no sólo se requiere la producción de objetos (alimentos y artefactos muebles e inmuebles), a lo que normalmente se reduce lo que se denomina “la producción”. También resultan imprescindibles la producción de cuerpos y la de mantenimiento. La primera consiste en crear cuerpos sexuados, cuerpos de hombres y mujeres, imprescindibles para la reproducción social del grupo. La segunda, la producción de mantenimiento, está relacionada con las dos anteriores. De hecho, constituye parte del proceso de ambas, ya que los cuerpos deben ser cuidados, atendidos y socializados, muchos alimentos han de procesarse y almacenarse a corto o largo plazo antes de su consumo y los artefactos tienen que ser reparados y mantenidos para que puedan seguir desempeñando su función y posteriormente desechados mediante operaciones más o menos complejas.

Estas producciones, de cuerpos, de objetos y de mantenimiento, se expresan materialmente en cada sociedad a través de diversas y variadas prácticas sociales (Castro Martínez *et al* 1996, 1998; Sanahuja Yll 2002; Castro Martínez, Escoriza Mateu y Sanahuja Yll 2002 a). Mujeres y hombres, en cuanto sujetos sociales sexuados, deben ser contemplados como dos condiciones independientes en todas las producciones. La producción de cuerpos constituye siempre un factor determinante de la vida social y sólo está vinculada a la capacidad de las mujeres para gestar otro cuerpo en el propio y relacionarse con él, empleando tiempo y energía para ello. La diferencia femenina, pues, se imbrica con la esfera reproductora. Las mujeres crean o producen cuerpos masculinos y femeninos, precisamente quienes serán realizadores/as y destinatarios/as del trabajo humano. Por todo lo dicho, la producción de la vida social se basa tanto en la producción de objetos como en la de los cuerpos de sujetos sociales sexuados y en el mantenimiento de ambos, objetos y sujetos, y es a partir del estudio de estas tres producciones que podremos conocer y explicar cualquier sociedad humana sin sesgarla.

Las relaciones entre sujetos y objetos sociales se establecen a través del trabajo y del consumo/uso/disfrute de los objetos por parte de los sujetos. Distinguir estos dos momentos de la producción resulta indispensable si queremos abordar la realidad de las prácticas sociales en cualquier período histórico (o prehistórico).

En cuanto al trabajo, consideramos que se trata de cualquier actividad que implique gasto de tiempo y de energía en la realización de alguna práctica social encaminada a un objetivo social. Así, podremos considerar trabajo toda actividad social realizada por las mujeres y los hombres. Sin embargo, establecemos una diferencia entre los trabajos que están vinculados a las producciones de la vida social (producción de cuerpos, de objetos y de mantenimiento de sujetos u objetos) y los trabajos realizados exclusivamente en prácticas de índole político-ideológica. Ambos tipos de trabajos (económicos y político-ideológicos) están orientados a la reproducción de la propia sociedad, manteniendo las mismas condiciones de las relaciones sociales o buscando su transformación.

A la luz de estas claves, podemos abordar con mayor precisión lo que implicaron e implican las “nuevas tecnologías de producción” asociadas a la domesticación de animales y plantas.

Domesticación, trabajo y productividad.

La idea de la productividad como mecanismo de incremento de la riqueza ha planeado por encima de todas las aproximaciones al “neolítico”. La “revolución neolítica” de Childe tiñe todas las explicaciones: el cambio tecnológico conlleva la evolución de la humanidad y, como consecuencia, la mejoría de sus condiciones de vida y el cambio organizativo.

Ha habido frecuentes debates en torno a la domesticación de plantas y animales y a su importancia en la economía de los grupos “neolíticos”. Ciertamente, dentro de las características definitorias del “neolítico”, el peso específico de la domesticación (o de la agricultura y la ganadería) es grande, muy grande. Desde un tiempo hacia acá, el debate se ha ido centrando en los procesos que condujeron al “neolítico” a “la producción” y en las obligaciones (más que ventajas) que comportan la agricultura y la ganadería.

La oposición entre un “periodo depredador” (“paleolítico”) y un “periodo productor” (“neolítico”) exige intentar vislumbrar las diferencias en el ámbito productivo, especialmente en lo que a la obtención de alimentos se refiere. La consecución de alimentos a través de la recolección requiere mucha experiencia y un profundo conocimiento del territorio y de las plantas a recolectar. Implica la búsqueda de las mismas, su localización y, finalmente, su extracción. Posteriormente el transporte y, en su caso, el procesado y, con anterioridad, la producción de los medios de trabajo necesarios para dicha actividad. La caza implica también un profundo conocimiento del territorio y de las diferentes especies animales, la búsqueda del alimento, su transporte y la fabricación y preparación del utillaje adecuado.

Otra diferencia a la que se ha otorgado gran importancia entre “paleolítico” y “neolítico” establece una dependencia del medio por parte de las comunidades “depredadoras” y su superación gracias al “control de la naturaleza” mediante la agricultura o la ganadería. Sin embargo, la caza, la pesca, la recolección, la ganadería o la agricultura suponen técnicas que mantienen una relación constante con el territorio (el medio, la naturaleza). Flota siempre en el ambiente una idea de que caza, pesca o recolección traen consigo situaciones de escasez que son “vencidas” con el desarrollo de técnicas agroganaderas. Al parecer, se acaba dando a entender que las posibilidades se hacen “infinitas” y que el territorio no tiene límites en cuanto a la cantidad de alimentos obtenidos. Sin embargo, con ello, no se tienen en cuenta los fundamentos en los que se asienta la disponibilidad de materialidad para una sociedad humana: se obtengan como se obtengan los alimentos, el territorio es limitado (el

“infinito” no existe); son los conocimientos, la experiencia, las tecnologías y la cantidad de trabajo invertido y su organización los que establecen la potencialidad productiva del mismo.

La domesticación no debe ser confundida con la reclusión ni con el “mascoterismo”, pues un elefante o un oso polar, por mucho que estén encerrados y que dependan de hombres y mujeres en cuanto a su alimentación, protección, cobijo y cuidados, no son animales domésticos; y tampoco lo son (a menos que transcurra un largo periodo) las iguanas o serpientes apropiadas como animales de compañía. La domesticación pasa por el control (por parte de los grupos humanos) de la reproducción de especies animales y vegetales (Davis, 1987). Exige el aislamiento de una (o varias) especies respecto a su medio natural, lo que genera un aumento de la heterogeneidad de la especie con las variantes regionales, que, a fuerza de cruzarse entre ellas, dan lugar a una nueva variedad. Por otra parte, el aislamiento y el control humano significan la negación de la selección natural, ya que las comunidades humanas que regulan la reproducción de los animales o las plantas se convierten en “dioses” al articular la reproducción de las diferentes especies (Helmer 1992). En algunos casos, la selección llega a ser tan fuerte que muchas de las especies que podemos encontrar hoy en día en un supermercado tienen más de artefacto que de animal o planta. Han sido moldeadas totalmente por la mano de hombres y mujeres y no podrían sobrevivir o tardarían generaciones en relacionarse con sus antiguos hábitats.

Más allá del propio proceso de domesticación, el trabajo con animales domésticos requiere la construcción de un espacio que impida huidas o llegadas no deseadas por parte de depredadores. También se necesita obtener suficiente alimento para mantener a los animales y, preferiblemente, en buenas condiciones, ya que todos los beneficios que podemos extraer de ellos pasan por su buen estado físico (carne, leche, fuerza, pieles o pelamen...). Cuando la producción de alimento para los animales (forrajes, piensos, pastos acondicionados) o los residuos aprovechables (rastros, desechos alimentarios) no son suficientes, resulta imprescindible trasladar a los animales y vigilar su alimentación en áreas abiertas. También son fundamentales la asistencia en los partos, los cuidados en situaciones de enfermedad o lesiones o todas aquellas atenciones requeridas por los animales o que busquen un determinado rendimiento de los mismos. Adicionalmente, las tareas ligadas a la ganadería implican disponer de un utillaje preciso o, incluso, de la cría de otros animales para emplearlos en estos trabajos.

Por su parte, para obtener beneficios agrícolas hay que preparar el terreno (limpieza de vegetación, extracción de piedras y raíces y remover el suelo para oxigenar la tierra y facilitar la renovación de los nutrientes; plantar las semillas, bulbos o tallos; garantizar agua y condiciones climáticas mínimas; eliminar competidores (otras plantas o animales); retirar partes defectuosas o muertas de las plantas y los diferentes parásitos que pueden atacarlas; realizar selecciones de parte de la planta o de sus frutos cuando éstos aun están verdes, y, finalmente, recoger los productos. Asimismo, es preciso fabricar y mantener los aperos agrícolas y, en aquellos casos en los que se emplean animales para estos fines, criarlos y mantenerlos.

Por todo lo dicho, la cantidad y variedad del trabajo necesario invertido en las plantas o animales domésticos siempre supera al desarrollado mediante la caza, la pesca o la recolección. Para obtener una misma cantidad de alimento, el trabajo empleado es siempre mayor cuando se emplean mecanismos de reproducción controlada, es decir, cuando los alimentos proceden de la ganadería o la agricultura. Las implicaciones de este hecho están directamente ligadas al concepto de productividad.

Una cuestión fundamental consiste en plantear si un aumento de la productividad implica un incremento de la riqueza. La productividad es el resultado obtenido al dividir el tiempo destinado a la producción de algo (el tiempo medio social que se estima para la producción concreta) por el

volumen final de producto obtenido; por lo tanto, un aumento de la productividad deberá significar una nueva *ratio* de tiempo-producto (menor tiempo/mismo producto o mismo tiempo/mayor producto). Según Marx (197, un acrecentamiento de la productividad sólo puede darse por tres razones: a) la habilidad/experiencia de la fuerza de trabajo, b) la extensión y la eficacia de los medios de producción, y c) por causas naturales, por ejemplo, un año de buenas lluvias. Puede observarse que la productividad está fuertemente vinculada al trabajo y no a otros factores. Aunque la tercera causa apuntada por Marx no parece estar sometida al control humano, un año de abundantes lluvias puede ser tan funesto como uno de sequía si no se invierte el trabajo necesario para rentabilizar este azar climático. La tierra o el ganado no pueden agrandar la productividad por sí solos, de la misma manera que un campo o una vaca no producen puesto que no trabajan.

Marx indica que un aumento de la productividad no cambia el valor de uso de los objetos o servicios ni la vida útil de los mismos. Por ejemplo, si se producen más palas, éstas seguirán sirviendo para cavar. Este mayor volumen no afectará a su valor de uso, ya que la cantidad de objetos no varía la utilidad real de los mismos. Sin embargo, lo que sí se verá alterado es el valor en trabajo. Un cambio en la *ratio* tiempo/producto comportará que, si en el mismo tiempo se producen más objetos o servicios, éstos contendrán menor tiempo de trabajo, mientras que, si se invierte menos tiempo de trabajo en la misma cantidad de productos, la *ratio* de tiempo invertido también será menor. Dividiremos el mismo trabajo en más objetos/servicios o un menor trabajo en los mismos objetos/servicios. Así pues, si se trabaja menos tiempo, el valor en trabajo disminuye; por el contrario, si trabajamos igual cantidad de tiempo y producimos mayor volumen de objetos/servicios, el valor de nuestro trabajo se repartirá entre más productos, por lo que cada uno contendrá menor valor en trabajo. Obtendremos mas productos, pero no más riqueza.

Lo dicho puede parecer fútil, pero, a la larga, resulta fundamental. El aumento de la productividad implica un mayor volumen de productos con una repartición del valor en trabajo entre ellos, mientras que mantiene el mismo valor de uso. No tiene porqué implicar un aumento de la riqueza de manera directa, ya que lo que da valor en trabajo al objeto disminuye con el aumento de la productividad. Un incremento de la productividad no acrecienta la riqueza de por sí. Es en la distribución y en el uso/consumo/disfrute donde puede hablarse de una ampliación de la riqueza o de un beneficio a causa del aumento de la productividad.

Todos los trabajos relacionados con la agricultura y la ganadería, que anteriormente hemos mencionado, deben realizarse en una área territorial menor que en la que anteriormente se cazaba y recolectaba. Si tienen lugar en grandes extensiones (trashumancia, por ejemplo) debe ser por otras razones y no porque el entorno no soporta la presión económica aplicada. Todo esto lo decimos por lo siguiente: si no pueden realizarse actividades, como la agricultura y la ganadería, en el mismo o incluso en un espacio más reducido que el que anteriormente se necesitaba para la caza y la recolección, la existencia de animales y plantas domésticas no responde entonces a las expectativas que le otorgan quienes defienden el avance evolutivo. Para poder hablar de un cambio real, debería aumentar la productividad del territorio, es decir, con el mismo o menor territorio ha de producirse la misma o mayor cantidad de alimento con igual o menor inversión de fuerza de trabajo. Nada de ello se corresponde con lo que la domesticación acarrea: supone más trabajo, no menos trabajo, para obtener los mismos alimentos.

Población y trabajo.

El crecimiento demográfico, como ya hemos apuntado, constituye un factor que se relaciona siempre con el “neolítico”. Hasta el momento, se han desarrollado dos vías explicativas opuestas.

La primera atribuye al incremento demográfico un papel causal en cuanto al desarrollo de la domesticación, debido a la necesidad social de obtener mayor cantidad de alimentos por una misma o menor unidad de territorio. La segunda línea considera que el crecimiento poblacional presionaría en cuanto a la adopción de las técnicas agropecuarias. Sin embargo, llama la atención que poco o nada se haya escrito sobre los trabajos realizados exclusivamente por el colectivo de mujeres en la gestación, alumbramiento y amamantamiento. Sin estos trabajos previos tal crecimiento no hubiera tenido lugar. Es hora de romper la “neutralidad” del término incremento demográfico y empezar a tener en cuenta los trabajos necesarios para que tal crecimiento de la población llegue a producirse. Y para que este crecimiento se mantenga en el tiempo, no solamente resulta necesario que las mujeres produzcan más criaturas, sino también que se realicen ciertas actividades imprescindibles para la continuidad de la vida: los trabajos de cuidados y atenciones y la socialización de niños y niñas. Sin estas tareas cotidianas, en las que las mujeres, han estado y están estrechamente implicadas, la supervivencia sería imposible. En cuanto al trabajo invertido por las mujeres en la producción de cuerpos, sería necesario investigar en cada sociedad si un aumento en cantidad de hombres y mujeres implicó para el colectivo femenino una situación de explotación o si, por el contrario, esta tarea exclusivamente femenina fue considerada y compensada de alguna manera por el grupo social.

Respecto a las posibles vías metodológicas para el reconocimiento de los citados trabajos de manera directa o indirecta, y para precisar los patrones reproductivos, se ha discutido sobre la utilidad de identificar y cuantificar las cicatrices en las pelvis de las madres (Angel 1972, Anderson 1987), o se ha propuesto el estudio de los anillos anulares del cemento de los dientes de la madre para establecer la edad del primer embarazo, su número o los intervalos entre ellos (Charles *et al* 1987). Además, ahora se insiste en que es la tasa de fecundidad, no la de mortalidad, la que da cuenta de la realidad demográfica (McCaa 1998). El hecho de poner énfasis en la cantidad de nacimientos por mujer para analizar la demografía nos ayuda en nuestra búsqueda de visibilidad de trabajos antes no considerados como tales. No obstante, la invisibilidad del trabajo del parto no procede del pasado, sino de la mirada que desde el presente se adopta hacia esta producción en particular (Escoriza Mateu y Sanahuja Yll 2003).

En lo que respecta a la producción de alimentos, desde la bioarqueología se ha puesto de manifiesto que, a diferencia de lo postulado originariamente por Childe, la transición hacia esta “nueva forma de vida” trajo consigo más perjuicio que bonanza en las sociedades hasta ahora analizadas (Cohen y Armelagos 1984; Larsen 1998). Las conclusiones sobre sociedades que cultivaban cereales principalmente. Ponen en evidencia enfermedades vinculadas a una nutrición de baja calidad, al disminuir la variedad de los alimentos consumidos; disminución del crecimiento, también asociado con la alimentación; aumento de enfermedades infecciosas, tales como la tuberculosis, así como un aumento de infecciones crónicas no específicas en una relación sinérgica entre la nutrición y el hacinamiento asociado al sedentarismo. En este sentido, no hay que olvidar que el cuidado de los enfermos/as y la higiene del lugar donde se vive constituyen trabajos relacionados con la producción de mantenimiento.

En síntesis, si se dedica más trabajo a parir y cada mujer tiene más hijas/os, al tiempo que las tareas implicadas en la cría de animales y el cultivo de plantas domésticas conllevan también mayor trabajo, la consecuencia previsible es que disminuyan las atenciones y los cuidados, es decir, que se resienta el mantenimiento de individuos, tanto de las criaturas como de las mujeres y hombres adultos. Podríamos entonces entender el paradójico aumento de la mortalidad que acompaña a ciertas dinámicas del crecimiento de la población.

Propiedad, Excedentes y Explotación.

En relación al tema de la creación de acumulaciones de productos o reservas de alimentos “sobrantes”, el ganado en sí mismo constituye una reserva cárnica y la agricultura, por su propia exigencia de disponer de semillas para la próxima siembra, implica conservar cierta cantidad de alimentos que quedan retirados del consumo. Así pues, por su propia dinámica, ambas actividades llevan implícita la previsión de las futuras actuaciones.

La existencia de reservas de alimentos vegetales acarrea de alguna manera la necesidad de disponer de almacenes, pero la reserva cárnica en forma de animales vivos es intrínseca a la ganadería. De hecho, la existencia de almacenes y de técnicas de conservación de alimentos, cárnicos o vegetales, no es algo que se realice sólo a través de productos obtenidos de la ganadería o la agricultura. A este respecto, Testart (1982) ha señalado insistentemente que los alimentos obtenidos de la caza, la pesca o la recolección también pueden ser objeto de tratamientos de preservación y de conservación en almacenes. Por ello, asimilar una ecuación agricultura-ganadería = almacenaje resulta erróneo, ya que este último no es exclusivo de dichas actividades o de una determinada organización económica.

Ahora bien, las “reservas” almacenadas para un consumo diferido pueden tener un uso alimentario variado: en momentos de malas cosechas, en los ciclos estacionales posteriores entre cosecha y cosecha, en los meses entre nacimientos o por conveniencia del sacrificio de los animales domésticos. Sin embargo, es frecuente otorgar a esas reservas un significado social que no tienen en sí mismas, confundíéndolas con excedentes de producción destinados al intercambio o con excedentes apropiables por una clase dominante emergente. Ambas modalidades de acumulación deberían ser matizadas.

Respecto al hecho de que la disponibilidad de reservas deba ponerse en relación con la posibilidad del desarrollo de actividades comerciales, de intercambios, nuevamente necesitamos detenernos y reflexionar sobre esta cuestión. En primer lugar, porque en esta idea subyace una concepción formalista de lo económico, en la que se sugiere que la verdadera economía se encuentra en el movimiento de bienes, en la circulación constante de productos y en la búsqueda universal del beneficio en las transacciones. Esta circunstancia no deja de ser una naturalización y generalización de los valores del mercado y, en definitiva, de los deseos del capital. Porque no puede suponerse que la posibilidad de producir un sobrante destinado al intercambio comporte una materialización de ese sobrante, sobre todo si, tal como estamos viendo para la producción ganadera y agrícola, se requiere una mayor inversión de trabajo para la misma cantidad de producción.

Así, si se pretende obtener sobrantes destinados al intercambio, sería preciso un volumen de trabajo mayor por individuo. Únicamente un territorio con unas excepcionales condiciones en cuanto a recursos, en cantidad o calidad, permitiría arriesgarse a una especialización de la producción en relaciones de complementariedad de producciones. Por lo tanto, será únicamente una decisión social o una imposición política la que derive la actividad productiva a generar ese “sobrante” alimentario para el intercambio. Si se trata de una decisión social consensuada, puede ser que el beneficio común de sentido a esa creación de excedente, ya que, en caso contrario, estaríamos ante una imposición en busca de beneficios particularizados, propia de situaciones de explotación del trabajo de una parte del grupo.

Puede darse una apropiación privada o coercitiva de las reservas, pero en ellas mismas no se encuentra la explicación al hecho de que ocurra un cambio en su propiedad y privatización, sino que son las relaciones políticas involucradas las que posibilitan la expropiación de los alimentos reservados. Por otra parte, la imposición de un dominio coercitivo capaz de arrebatar las reservas

alimentarias no es exclusiva de sociedades con agricultura y ganadería, sino que los alimentos almacenados por grupos que practican la caza, la pesca o la recolección también pueden ser objeto de políticas de usurpación.

Hemos sugerido en otro lugar (Castro Martínez *et al* 1998) que el concepto de excedente sólo debería utilizarse para referirnos a la parte de la producción apropiada por un grupo a partir de la explotación del trabajo de otro. Y hemos indicado también que la explotación puede basarse en la apropiación de productos o en el disfrute de los beneficios del trabajo directo, sobre todo en tareas de mantenimiento de los individuos. Además, resulta fundamental no perder de vista las distintas formas que puede adoptar la explotación, que no sólo tiene lugar con la presencia de una clase social aristocrática (explotación extendida). La disimetría social también puede ser parcial o relativa cuando un sector realiza menor cantidad de trabajo y, por tanto, obtiene beneficios particulares de las tareas de otras mujeres o de otros hombres (aunque el reparto de lo producido sea equitativo) o bien cuando un sector disfruta de un mayor acceso a lo producido (aunque el trabajo de la totalidad de sujetos sea similar) (Castro Martínez, Escoriza Mateu y Sanahuja Yll 2002 b). Por lo tanto, el desarrollo o no de relaciones de explotación no está condicionado a la existencia de productos alimentarios sobrantes o a la existencia de almacenes. No podemos guiarnos por una ecuación falsa “almacenes=excedentes=élites”, sino que deberíamos abordar en cada contexto social las condiciones reales de las relaciones entre lo trabajado y el acceso a lo producido.

Las mujeres en el “neolítico”.

La mención al lugar de las mujeres en los fenómenos asociados al “neolítico” ha sido muy frecuente. Se ha venido acudiendo a la analogía etnográfica para atribuir a las mujeres el trabajo implicado en el desarrollo de la agricultura y de una serie de tecnologías asociadas (alfarería, tejido), al menos en sus momentos iniciales y antes de que se otorgue a los agricultores, alfareros o tejedores el protagonismo en estas actividades. Incluso se ha hablado del “papel civilizador” de las mujeres atribuyéndoles protagonismo en las “invenciones neolíticas”. Sin embargo, como para otros estereotipos (los hombres cazadores, pastores, metalúrgicos o comerciantes) seguimos necesitando buscar datos sobre quienes trabajaban en cada actividad en las diferentes sociedades. Y no deberíamos prejuzgar tareas particularmente femeninas ni masculinas en las sociedades prehistóricas únicamente a partir de una etnografía actualista.

Sin embargo, una de las implicaciones más relevantes del “neolítico”, que ha cobrado importancia en las últimas décadas, ha sido la emergencia de formas de dominio sobre las mujeres. Se ha convertido en un tópico la afirmación de que el Patriarcado surge paralelamente al “neolítico”. Nuevamente las referencias etnográficas, en este caso las descripciones de sociedades horticultoras actuales, donde el dominio de los varones adultos y ancianos está consolidado, ha servido para afianzar la idea de que los raptos de mujeres primero y posteriormente el intercambio de las mismas para asegurar el potencial reproductivo de un grupo, así como el control sobre el colectivo femenino en tanto que fuerza de trabajo dentro del “Modo de Producción Doméstico” (Meillassoux 1975), serían características propias de los orígenes de la dominación masculina en el “neolítico” (Lerner 1986). Con éstas y otras visiones homogeneizadoras similares se imponen modelos universales de formas sociales que se vinculan a los inicios de la economía agroganadera. No obstante, se hace necesario reflexionar sobre la veracidad de estas perspectivas, ya que nos hallamos nuevamente ante una lógica racional que busca explicar ciertas situaciones, en nuestro caso el dominio patriarcal, acudiendo a unos orígenes y causas simplificadores.

Con esas maneras de reducir la historia humana a unos pocos modelos sociales y de ubicarlos en ciertos momentos “trascendentales”, parece que todo se entiende mejor. Pero, por el contrario, lo

que ocurre es que se convierte la historia en un escenario limitado a unos cuantos hitos, dejando de lado la multiplicidad de relaciones sociales que se atisban a lo largo de los milenios de la Prehistoria o, incluso, profundizando un poco en las referencias etnográficas disponibles, muchas veces desatendidas también por quienes solo se fijan en los casos más útiles para lograr analogías acordes con los modelos defendidos. Si se acaba aceptando una lógica que asocie formas relacionales determinadas, tales como las implicadas en el patriarcado, con fenómenos como el “neolítico”, lo que está sucediendo es que hurtamos la necesaria investigación de la realidad histórica, puesto que parece que ya la conocemos de antemano (desde el aquí y ahora), cuando precisamente lo que ocurre es que desconocemos, o se tienden a olvidar, aquellas situaciones sociales que no son apropiadas a las directrices del pensamiento lineal y mayoritariamente androcéntrico.

En definitiva, si cabe la posibilidad de que las relaciones patriarcales se impongan en sociedades donde se están desarrollando técnicas agroganaderas, hace falta demostrarlo y no presuponerlo, así como precisar dónde y cómo ocurre, sin suponer que tiene que ocurrir siempre y en todos los casos. De la misma manera, tampoco podemos sostener un único modelo social (“igualitario”, por ejemplo) para las sociedades “pre-neolíticas”, en las que también seguimos necesitando aclarar las condiciones reales de la vida social.

Del “neolítico” a la realidad.

El examen que hemos intentado hacer sobre las implicaciones del “neolítico” es fruto de la preocupación que sentimos. Nos preocupa que la historia humana sea una historia de grandes ideas abstractas que desplazan las realidades vividas. Nos preocupa que las geografías míticas busquen los lugares primigenios de los “orígenes” o se encasillen en los autoctonismos de las “neolitizaciones”, abandonando las redes relacionales en las que las mujeres y hombres vivieron y vivimos, para enfocar exclusivamente las lentes sobre escenarios y paisajes de primera categoría o que son parte de “nuestra historia”, como si el resto no lo fueran. Nos preocupa que las dinámicas históricas sean sustituidas por procesos evolutivos lineales y lógicos, donde se priman las ideas y se relegan las condiciones materiales de la vida. Y, sobre todo, nos preocupa que el trabajo invertido en la cotidiana reproducción social y en las múltiples tareas necesarias para criar, alimentar y cuidar a los miembros de una sociedad se olvide, ante la fascinación por ciertas innovaciones técnicas, crecimientos económicos y aparentes mejoras, que pueden estar ocultando realidades de mayores cargas laborales sobre las espaldas de alguna parte o de la mayoría de una colectividad.

Por todo ello, hemos intentado desentrañar qué contiene esta idea de “neolítico” que tanto éxito ha logrado en la visión general de la historia de la “prehistoria” humana. Y no hemos pretendido destruir el término o considerarlo inoperante. Si, efectivamente, resulta un sinónimo de la emergencia de técnicas de producción de alimentos basadas en animales y plantas domésticas, puede resultar un concepto inteligible. En consecuencia, hemos intentado señalar el riesgo de rutina en el empleo de una noción que, muchas veces por desidia, se da por hecho que conlleva una serie de fenómenos sociales que sólo ocasionalmente aparecen asociados a técnicas agroganaderas (crecimiento demográfico, sedentarismo, territorialización, excedente). Y también hemos intentado subrayar que lo importante no debería ser contemplar si existen o no animales o plantas domesticadas en la dieta de una comunidad, sino conocer las tecnologías específicas implementadas en la producción, en nuestro caso de alimentos, y las formas de organizar el trabajo, distribuir los productos y disponer, usar y consumir lo producido.

Sería conveniente dejar de hacer una historia basada en la contraposición entre sociedades cazadoras-recolectoras y sociedades agropecuarias, de basar la ordenación de la “prehistoria” en

una ruptura ficticia entre “el paleolítico” y “el neolítico”, dejar de mantener un almacén evolutivo-progresivo-procesual asentado en supuestos, como el avance del “salvajismo” a “la barbarie” o de las sociedades “igualitarias” a las sociedades “complejas”. Porque este tipo de dualidades se corresponde con una manera de ver la historia humana donde ciertos cambios técnicos se elevan a los altares de lo “trascendental”, mientras se deja de pensar en las situaciones reales de hombres y mujeres, se ignora la realidad del trabajo cotidiano y de la producción de la vida y se soslayan las políticas económicas que impregnan la reciprocidad o la explotación en el consumo/uso/disfrute de lo producido. Con ello se obvia lo obvio, se fomentan las ideas lineales simples y se promueve convertir “una historia” en “la Historia”.

Por todas las preocupaciones indicadas, hemos intentado poner sobre la mesa las condiciones reales que supusieron para las mujeres y hombres del pasado ciertos cambios e innovaciones. Porque no podemos seguir ofreciendo de manera irresponsable o banal valoraciones positivas de situaciones en las que las consecuencias son un mayor coste, desgaste y padecimiento, materializado en incrementos del trabajo real para una parte importante de una sociedad. Si esto no se tiene en cuenta, arrastramos percepciones equívocas, que dan a entender que algunos logros son admirables mientras se trivializan las condiciones materiales de la vida.

A partir de aquí, podríamos hacernos preguntas sobre las causas por las que la mayor parte de las sociedades humanas han acabado adoptando técnicas agroganaderas para obtener su alimentación y, evidentemente, si ello fue fruto de un interés colectivo, de las necesidades impuestas por ciertas condiciones de crisis de otras formas productivas o de las estrategias de grupos beneficiados con los resultados de la mayor cantidad de trabajo necesario en la producción basada en animales y plantas domésticos. Pero no es éste el lugar.

Bibliografía

- ANDERSON, B. C.. 1987. *Parturition Scarring as a Consequence of Flexible Pelvic Architecture*. Ph.D.Abstract URL: <http://www.sfu.ca/archaeology/dept/gradstu/theses/phd/anderson.htm>
- ANGEL, J. L. 1972. “Biological relations of Egyptian and Eastern Mediterranean populations during Pre-dynastic and Dynastic times”, *Journal of Human Evolution*, 1:307-313.
- BENDER, B. 1978. “Gatherer-hunter to farmer: a social perspective”, *World Archaeology*. 10.;204-222.
- BENDER, B. 1981, “Gatherer-hunter intensification”, en A. SHERIDAN & G. BAYLEY (eds.) *Economic Archaeology*, Oxford: BAR Int. Series, 96: pp. 149-157.
- BOSCH, A. 2003, “La Terra plora llàgrimes de petroli”, *Ca la Dona*, 41: 20-21.
- CASTRO MARTÍNEZ, P. V., ESCORIZA MATEU, T. y SANAHUJA YLL, M^a E. 2002 a, “Trabajo y Espacios Sociales en el ámbito doméstico. Producción y prácticas sociales en una unidad doméstica de la prehistoria de Mallorca”, *Geocrítica. Scripta Nova*, VI, 119 (10), URL: <http://www.ub.es/geocrit/sn/sn119-10.htm>, 11 pp
- CASTRO MARTÍNEZ, P. V., ESCORIZA MATEU, T. y SANAHUJA YLL, M^a E. 2002 b. “Trabajo, Reciprocidad y Explotación. Prácticas Sociales, Sujetos Sexuados y Condiciones Materiales”, en *El Recurso de la Reciprocidad*, de I. Terradas, J.L. Molina y C. Larrea, eds., IX Congreso de Antropología, Instituto Catalán de Antropología, Universidad de Barcelona, Barcelona, 2002, URL: <http://www.ub.es/ica/congreso/sim1com.htm> pp. 156-177.
- CASTRO MARTÍNEZ, P. V., ESCORIZA MATEU, T., OLTRA PUIGDOMENECH, J., OTERO VIDAL, M. y SANAHUJA YLL, M^a E.. 2003. “¿Qué es una ciudad?”. *Geocrítica. Scripta Nova*, VII, 146 (10), URL: [http://www.ub.es/geocrit/sn/sn-146\(010\).htm](http://www.ub.es/geocrit/sn/sn-146(010).htm) 10 pp.

Trabajo, producción y “neolítico”

- CASTRO MARTÍNEZ, P. V.; CHAPMAN, R.; GILI, S.; LULL, V.; MICO, R.; RIHUETE, C.; RISCH, R. y SANAHUJA YLL, M^a E.. 1996. "Teoría de las prácticas sociales", *Complutum Extra*, 6: 35-48.
- CASTRO MARTÍNEZ, P. V.; GILI, S.; LULL, V.; MICO, R.; RIHUETE, C.; RISCH, R. y SANAHUJA YLL, M^a E. 1998: "Teoría de la producción de la vida social. Un análisis de los mecanismos de explotación en el Sudeste peninsular (c. 3000-1550 cal ANE)", *Boletín de Antropología Americana*, 33: 25-78.
- CHILDE, V. G. 1936. *Man Makes Himself*, London: The Rationalist Press Association. (*Los orígenes de la civilización*, México: FCE. 1954).
- CHILDE, V. G. 1958. *The Prehistory of European Society*, London: Penguin Books. (*La prehistoria de la sociedad europea*, Barcelona: Icaria. 1978).
- COHEN, M.N. . 1977. *The Food Crisis in Prehistory. Overpopulation and the Origins of Agriculture*, Yale University. (*La crisis alimentaria de la Prehistoria*. Madrid: Alianza, 1981)
- COHEN, M. N. & ARMELAGOS, G. (Eds.) 1984. *Paleopathology at the origins of agriculture*. Academic Press, Inc.
- DAVIS, S.J.M.. 1987. *Archaeology of the animals* Yale University Press. (*La arqueología de los animales*. Barcelona: Edicions Bellaterra, 1989).
- ENGELS, F. 1891 (4^a ed). *Der Ursprung der Familie, des Privateigentums und der Staats*, Stuttgart: Dietz Verlag (*El origen de la familia, la propiedad privada y el estado*, en MARX, K. y ENGELS, F. *Obras Escogidas*, Madrid: Editorial Progreso. 1973. Tomo III: 203-351. URL: <http://www.ucm.es/info/bas/es/marx-eng/84of/84OF.htm>).
- ESCORIZA MATEU, T. y SANAHUJA YLL, E. 2003. "La prehistoria de la autoridad y la relación. Nuevas perspectivas de análisis para las sociedades del pasado". *En prensa*.
- HARRIS, D.R. 1977. "The origins of agriculture: Alternative pathways toward agriculture", en C. A. REED (ed.) *Origins of agriculture*. La Haya: Mouton.
- HELMER, D.. 1992. *La domestication des animaux par les hommes préhistoriques*. Paris-Milán-Barcelona-Bohn: MASSO.
- LARSEN, C. S. 1998. "Post-pleistocene human evolution: Bioarchaeology of the agricultural transition". *14th International Congress of Anthropological and Ethnological Sciences, Williamsburg, Virginia, July 26-August 1*, URL: <http://www.cast.uark.edu/local/icaes/conferences/wburg/posters/cslarsen/larsen.html>
- LERNER, G. 1986. *The Creation of Patriarchy*, New York: Oxford University Press. (*La creación del patriarcado*, Barcelona: Crítica. 1990).
- MARX, K. 1867. *Das Kapital. Kritik der Politischen Ökonomie*. (*El Capital. Crítica de la Economía Política, Tomo I*, Madrid: Siglo XXI Editores. URL: <http://www.ucm.es/info/bas/es/marx-eng/capital1>).
- McCAA, R.. 1998. "Calibrating Paleodemography: The Uniformitarian Challenge Turned". Paper presented at the *American Association of Physical Anthropology Annual Meeting, April 2*, Salt Lake City. URL: <http://www.hist.umn.edu/~rmccaa/paleo.htm>
- MEILLASSOUX, C. 1975. *Femmes, greniers et capitaux*, Paris: Maspéro (*Mujeres, graneros y capitales*, Madrid: Siglo XXI. 1977).
- MORGAN, Lewis H. 1877. *Ancient Society, or Researches in the Lines of Human Progress from Savagery through Barbarism to Civilization*. London: MacMillan and Co.
- SANAHUJA YLL, M^a E. 2002. *Cuerpos sexuados, objetos y prehistoria*. Madrid: Cátedra.
- TESTART, A. 1982. *Les chasseurs cueilleurs ou l'origine des inégalités*. Paris: Société d' Ethnographie.

